

del Bósforo), *Dios te haga gran visir*, recibe este cumplido sin arquear las cejas, y responde: *Si Dios quiere*.

Y Dios lo ha querido muchas veces: muchos grandes visires han comenzado por ser jardineros ó leñadores, y guardaban el sobrenombre que habían tenido en estos oficios bajos, no ostentándose menos orgullosos con ellos.

La lealtad y la munificencia de los turcos son proverbiales. Cuando dos griegos hacen un contrato ó tienen un pleito, toman siempre un turco por garantía ó por árbitro. Si sucede en Constantinopla que un comerciante ó vende-

que se fabrican en Tiflis, encontró que el comerciante le pedía por ella doscientas piastras; el viagero ofreció ciento; el comerciante se limitó á responder que no vendería su escribanía ni un *para* menos, pero que si le gustaba tanto, tendría un placer en regalársela. Vaya vd. á buscar en España ni en Francia un comerciante de esta clase.

En cuanto á las virtudes militares de la Turquía, fiel á su historia, es todavía un plantel de buenos soldados. Si es fácil observar un puesto de *palicars* (milicia griega al servicio de la Puerta, que hace la guardia con las mugere



Vista de la mezquita de Santa Sofia.

dor le pide á uno mas que lo que valen las cosas, basta decirle:

—¿Con que tú no temes á Dios?

Inmediatamente muda de semblante y da al objeto regateado su verdadero valor, y sería ofenderle gravemente el no creerle.

Se cuenta que un día un viagero francés se detuvo delante de un mostrador de un rico predero persa, en el gran bazar de Constantinopla, que es el compendio moral y material del Oriente. Habiendo preguntado el precio de una de esas lindas escribanías iluminadas con figuras

y con los niños, es mas fácil arrancar un simple reducto en la guerra á las tropas regulares otomanas. Esto se ha comprobado y lo han visto nuestros lectores en la gloriosa defensa del sitio de Silistria que les hemos referido al contarles la guerra de Oriente.

Como artilleros, los turcos tienen un excelente golpe de vista: apuntan con precision, exactitud y sangre fria. Como soldados de línea están perfectamente foguados. Como ingenieros, sin grandes conocimientos adquiridos, tienen el instinto de la fortificación, del ataque y de la defensa de las plazas.

Se cuenta que Soliman II celebraba consejo con sus generales sobre el modo de sitiar á Rodas. Uno de ellos, hombre de experiencia, le explicaba las dificultades de la empresa. El sultan por toda respuesta le dijo:

—Adelántate hasta mí, pero piensa que si pones los pies en la alfombra en que estoy sentado, te derribo la cabeza de los hombros.

Después de algunas vacilaciones, al general otomano le ocurrió levantar la alfombra y arrollarla sobre sí misma á medida que iba adelantando, y llegó así sano y salvo hasta su amo.

—No tengo nada que enseñarte, exclamó el sultan, ya conoces ahora el arte de sitiar.

El gran vicio, el único vicio acaso de los otomanos, es su fatalismo.

—¡Estaba escrito! dicen, y se someten á todo.

El profeta les ha enseñado, sin embargo, que la guerra es del mas diestro. En tiempo de peste cubren los muertos con una pulgada de tierra, dejando un intervalo entre el cadáver y la tabla, á fin, creen, de que el ángel de la muerte pueda sentarse allí para hablar con el difunto. Este intervalo es justamente lo que da paso á los miasmas mefíticos.

Cuenta un viagero, que hallándose en pleno cólera, un herrero de Constantinopla, sepultado por la mañana, se había vuelto á su casa durante el día, envuelto en su sudario. Como era un hombre muy taciturno, con gran terror de los concurrentes se dirigió á su yunque, y sin decir una palabra volvió tranquilamente á su trabajo de machacar el hierro como lo había dejado la víspera.

Devora algun incendio una casa de un turco: él se pone muy tranquilamente á tomar su taza de café delante de la puerta, y responde á los que de ello se maravillan:

—¿No es permitido á un hombre honrado beber al lado de su hogar? A la mañana siguiente, es verdad, gracias al progreso moderno, se pondrá á trabajar para levantar su casa y constituirse una industria.

El progreso triunfa así poco á poco de la iconoclastia musulmana. Se han restaurado los mosaicos de la magnífica mezquita de Santa Sofía; ese templo que fué primero el orgullo de los cristianos, y levantado por el gran Constantino; ese templo que es uno de los ornamentos mas brillantes de Constantinopla por sus ligeros y graciosos minaretos; esa iglesia que podía muy bien decirse que era la rival de San Pedro de Roma y del San Pablo de Londres, y á donde los sultanes van desde tiempos muy antiguos todas las semanas á hacer sus oraciones á Allah y al profeta.

De este templo, cristiano un día y hoy mezquita de los osmanlis, presentamos una exacta vista á nuestros lectores.

También se hallan esculpidos bajos relieves sobre el obelisco de At-Meiran. El célebre café de la Fontana se está adornando con frescos bizantinos. En fin, Reschid y Suleima bajá se han hecho retratar en miniatura, cosa que hasta ahora ha estado prohibida á los mahometanos, y ha sido muy mal mirado.

La poligamia se va tambien concluyendo. El mercado de las mugeres se ha suprimido. Los bajás se convierten en papas; el serrallo y el harem van á ser pronto una cosa fabulosa. En lugar de llevar públicamente las circasianas al emperador después del Ramazan, se las presenta hoy

en secreto por pura fórmula, y entran esclavas por una puerta y salen libres por otra. Si el próximo sultan que haya de suceder á Abdul-Medjid, se casase con una sola muger, la hija del schah de Persia ó del bajá de Egipto, y no la encierra en el serrallo, sino que la enseña con ceremonia á su pueblo, de seguro que en Oriente termina la poligamia, el *Feredje* ó velo impuesto á toda muger turca, con el que se tapan la cara y no se las ve ni aun los ojos, y el secuestro de las mugeres.

Constantinopla es una de las ciudades mas hermosas que pueden verse en el mundo. El 7 de octubre de 1802, dos ingleses se elevaron en un globo aereostático en el plano de Dosma-Baglene: estuvieron meciéndose sobre la antigua y la nueva Bizancio; bajaron á Galata; el sultan Selim los llamó á su lado, y dijeron á S. A.

—Jamás los hombres han visto nada mas hermoso entre la tierra y el cielo.

Son particulares los contrastes de la vida musulmana. Dormirse en una suave indolencia al eco de la música y en la embriaguez de los perfumes; sonreír á los ensueños de ternura y de familia, contemplar silenciosamente el mar, espectáculo siempre nuevo, que da calma é inspira meditación, y de pronto despertarse al primer grito de guerra, relinchar como el caballo árabe, arrancar las armas de los clavos de las panoplias, despedirse brusca y precipitadamente de las mugeres y de los niños, y correr al horizonte de la batalla repitiendo el grito: ¡Allah Kherim! tal es la vida de esos hombres maravillosos que no han perdido todavía nada de sus virtudes de guerra, de su molición y de la indolencia del harem.

En Constantinopla es menester tambien ver el noble recuerdo que existe allí de las cruzadas. Después de la torre de Leandro fuimos al plátano de Godofredo, que él solo compone un bosque de árboles de hierro.

Allí es donde Luis IX y sus paladines se detuvieron hace seis siglos, como hace poco los ingleses y franceses en su estacion de Beicos. La Francia y los cristianos encuentran siempre en Oriente las huellas de sus abuelos. En otro tiempo tambien la bandera de la Gran Bretaña se alzó sobre aquella costa con la bandera de San Luis. Durante la invasión de aquel príncipe en Chipre, sus caballeros vieron desembarcar en el muelle un joven y soberbio guerrero de Inglaterra, el conde Guillermo de Salisbury, que corrió á doblar la rodilla ante el rey de Francia. San Luis le levantó y le dijo enseñándole un crucifijo:

—Aquí no hay mas rey que este.

—Señor, tengo una grande emocion al ver que me habeis reconocido: no nos hemos visto mas que una vez.

—Sí, en Taillebourg; mi espada rompió vuestro casco, y vi el rostro de un resuelto batallador. Bendito sea Dios que ha traído á Chipre un enemigo tan valiente, hoy cruzado y amigo nuestro.

Aquel mismo día se alzó un inmenso clamor del puerto, y corrió sobre los navios. La multitud que cubria los muelles se abrió repentinamente, y se vió al señor de Joinville con la cabeza descubierta, precediendo á una muger llena de harapos, bajar en medio de las aclamaciones populares, deslizar su nombre al oído del conde de Salisbury. A aquel nombre el joven inglés se inclinó respetuosamente delante de la pobre muger, puso la mano sobre el puño de su espada, y dijo:

—Vamos á tomar las órdenes del rey.

Aquella muger cubierta de harapos era la emperatriz María. Venia de Bizancio á reclamar la proteccion francesa á nombre de Balduino II. A aquel grito de agonía, Guillermo de Barres, el Ajax cristiano, dijo con fuego agitando su sombrero al viento:

—La Francia ha fundado el trono de Balduino; la Francia lo sostendrá.

La multitud aplaudió con entusiasmo frenético, y todas las espadas desenvainadas se agitaron en derredor de la augusta mendiga, que venia á implorar la proteccion de San Luis á través de tantos peligros. Joinville condujo la emperatriz al palacio, *la dió lienzo y cendal para forrar su*

vestido, y la presentó á Luis IX, que la recibió como una hermana y la prometió el socorro de su espada.

Los hijos de aquellos cruzados de Luis IX y de Salisbury han sido los soldados del general Saint-Arnaud y del lord Raglan, los que han venido á saludar al pasar por delante el árbol de las Cruzadas, ese monumento de aquella grande epopeya cristiana, que se conserva todavía en Constantinopla, y que atestigua cuanto puede el genio del cristianismo sobre el corazón de los hombres, porque siempre será grande aquella época en que á la sola voz de Dios *lo quiere*, nobles y plebeyos, grandes y pequeños, abandonaban sus casas y sus familias y se precipitaban sobre la Palestina á conquistar el sepulcro del Redentor del mundo.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

UN INVIERNO EN LOS HIELOS DEL POLO

I.

LA BANDERA NEGRA.

Después de los mártires de la fé, los mas admirables son los mártires de la ciencia, y entre estos los mas heroicos, los navegantes que siguen en los mares polares las huellas de la Perouse, de Franklin, de Bellós y de otros. No hay en la historia sucesos mas interesantes, episodios mas curiosos, cuadros mas admirables, dramas mas variados, que un invierno en los hielos del polo. Es el resumen de todas las luchas, de todas las sorpresas, de todas las emociones imaginables.

El cura de la iglesia del pueblecito de San Turce, en la provincia de Vizcaya, se despertó á las cinco de la mañana del 12 de mayo de 1830.... para ir segun costumbre, á decir la primera misa rezada, á la que asistían algunos viejos pescadores que iban á salir al mar.

Revestido de sus vestiduras sacerdotales iba á salir al altar, cuando entró un hombre en la sacristía, alegre y asustado á la vez. Era un marino de sesenta años de edad pero todavía vigoroso y fornido, con honrado y espresivo rostro.

—Señor cura, alto ahí, si vd. gusta.

—¿Qué te ocurre tan de mañana, Juan de Vergara? respondió el cura.

—¿Qué me ocurre? muchas ganas de dar á vd. un abrazo ahora mismo.

—Después de la misa que vas á ayudarme.

—¿La misa? respondió el anciano marino. ¿Cree vd. que va á decir misa ahora, y que yo se la voy á dejar decir?

—¿Y por qué? espíciate, porque ya han dado el tercer toque.

—Que toquen ó que no toquen á otra misa tocarán hoy, señor cura, porque vd. me ha prometido bendecir con sus propias manos el matrimonio de mi hijo Luis con mi sobrina María.

—¿Con qué ha llegado? exclamó alegremente el cura.

—No falta mucho, replicó Vergara, restregándose las manos, el vigia ha señalado al salir el sol nuestro bergantín, el que habeis bautizado con el nombre de *San Francisco*.

—Sea enhorabuena, Vergara, le dijo el cura, quitándose la casulla y el alba. Sé cuales son nuestros compromisos, el vicario me reemplazará hoy y estaré á disposicion tuya para cuando llegue tu hijo.

—Yo le prometo á vd. que no le hemos de hacer aguardar mucho; ya están publicadas las amonestaciones por vd. mismo, no tendrá mas que darle la absolucion de los pecados que haya podido cometer entre el cielo y el agua en los mares del Norte. Famosa idea ha tenido en querer que se hiciese la boda el mismo dia de la llegada, y que no saliese del bergantín sino para ir á la iglesia.

—Vamos á disponerlo todo, Vergara.

Luis se habia marchado muy enamorado de María la sobrina de su padre, que le correspondia y encontraba muy larga su ausencia. María tenia apenas veinte años y era una hermosa y robusta vizcaína. Su madre la habia confiado al morir á su hermano Juan Vergara, así es, que este buen marino la queria como hija propia y veia en esta union un manantial de verdadera y permanente felicidad.

La llegada del bergantín terminaba una importante operacion comercial. El *San Francisco* habia marchado hacia tres meses y volvia últimamente de Rodol, sobre la costa septentrional de la Noruega, y segun las señas del vigia habia verificado rápidamente su viage. Al entrar en su habitacion Vergara, encontró toda la gente de su casa en pie, y María, radiante de felicidad, se ponía sus mejores vestidos.

—Con tal de que el bergantín no llegue antes que nosotros, vayamos al muelle.

—Apresúrate, chiquita, porque el viento sopla del Norte y el *San Francisco* anda largo.

Llegaron al muelle. El *San Francisco* se veia claramente: ya la tripulacion hacia los preparativos para entrar en el puerto y habian plegado las velas; se podia reconocer á los marineros que estaban sentados en las vergas; pero ni María ni Juan habian todavía saludado con la mano al capitán del bergantín.

—A fé mia, aquel es Pedro Velez, exclamó Vergara.

—Aquel es Fidel Mirena, el carpintero.

—Allí está nuestro amigo Penela, dijo una muger saltando de alegría.

El *San Francisco* no se hallaba mas que á tres cables de distancia del puerto, cuando una bandera negra se izó tristemente en el palo mayor del bergantin.

Un sentimiento de terror se apoderó de todos los ánimos y del corazón de los espectadores. El bergantin entraba lentamente en el puerto. Un silencio sepulcral reinaba á su bordo. María, Juan y todos sus amigos se precipitaron sobre el muelle donde acababa de atracar el buque, y bien pronto se hallaron sobre el puente del *San Francisco*.

—¿Y mi hijo? dijo Juan Vergara, pudiendo únicamente articular estas palabras.

Los marineros del bergantin descubrieron su cabeza y le enseñaron el pabellon de luto.

María lanzó un grito desgarrador y cayó desmayada en los brazos del anciano Vergara, que lloraba á lágrima viva.

Andrés Velez habia dirigido el navio; pero Luis Vergara, el novio de María, no se hallaba á su bordo.

II.

EL CORAZON DE UN PADRE.

Cuando el jóven saltó del bergantin, confiado á su cuidado, hizo saber á Juan Vergara, el terrible suceso consignado en el diario, que le habia privado de volver á ver á su hijo.

«A la altura del Malestron, habiéndose puesto al paio el navio por un mal tiempo y viento sudoeste, vió señas de agonía y apuro que le hacia una goleta desmantelada, sin el palo de mesana, y que corría hacia el abismo á toda vela. Viendo el capitán Luis Vergara caminar aquel navio á una eminente perdicion, resolvió salvarle é ir á su bordo. A pesar de las observaciones de su tripulacion, hizo echar al mar la chalupa y se metió en ella con el marinero Correa y Pedro Lucis el timonero. La tripulacion le siguió largo tiempo con la vista, cuando desaparecieron en medio de la niebla. Llegó la noche, el mar se puso mas agitado. El *San Francisco* amenazado por las corrientes inmediatas á aquellos sitios corría riesgo de irse á pique en el Malestron; se vió obligado á virar y á huir contra el viento. En vano cruzó algun tiempo sobre el parage del desastre: la lancha, el navio, el capitán y los dos marineros no volvieron á parecer mas. Andrés Velez hizo entonces reunir la tripulacion, tomó el mando del bergantin y se dió á la vela para Bilbao y San Turce.»

Juan Vergara lloró largo tiempo y le sirvió de algun consuelo en su dolor, el pensar que su hijo habia muerto queriendo socorrer á sus semejantes. Despues el pobre padre, abandonando aquel bergantin, cuya vista le hacia daño, entró en su desolada casa.

Algun tiempo despues dijo á Velez:

—¿Estas seguro de que ha perecido mi hijo?

—Sí, señor Juan, respondió Velez.

—¿Has hecho todas las investigaciones necesarias?

—Sin duda, señor Juan; pero desgraciadamente es cierto que él y nuestros dos marineros se han ido á fondo.

—¿Quieres conservar el mando como segundo en el navio?

—Eso será como quiera el capitán.

—El capitán soy yo, Andrés, voy á cargar rápidamente el bergantin, á formar una tripulacion y corro en busca de mi hijo.

—Vuestro hijo ha muerto, respondió Andrés insistiendo.

—Posible es, Andrés; pero la Providencia está allí. Registraré todos los puertos de la Noruega á donde puedo haber sido arrojado, y cuando tenga la certidumbre de no volverlo á ver, vendré á morir aquí.

El anciano marino decidió que el *San Francisco* volviese otra vez á salir al mar. Juan Vergara propuso de nuevo á Andrés Velez, encargarse del segundo mando del bergantin; era un hombre precioso para la maniobra y habia dado una buena prueba de su habilidad, llevando el *San Francisco* á buen puerto. Sin embargo, no se sabe por qué, Velez puso algunas dificultades y obstáculos y pidió tiempo para reflexionar.

No se habian pasado todavía ocho días, cuando el bergantin estaba listo para volver á emprender su viage. En lugar de mercancías fué completamente provisto de ron, de carne salada, de bizcocho, de harina de patatas, de tocino, de vino, de aguardiente, de café, de té y de tabaco.

El día señalado para la marcha fué el 22 de mayo. Todavía la víspera, Velez no habia dado la respuesta á Vergara. Este fué á su casa y lo halló todavía indeciso como si su consentimiento dependiese de algun suceso incierto. Apenas habia vuelto á su casa Vergara, cuando Velez entró tras él y penetró en la sala que estaba cerca de la alcoba de la jóven y le chocó el ruido animado de una conversacion. Púsose á escuchar atentamente y reconoció la voz del marinero Penela y de María.

La discusion llevaba trazas de haberse empezado hacia tiempo, y la jóven oponia una incontrastable firmeza á las observaciones del marino vizcaino.

—¿Qué edad tiene mi tio Vergara? decia María.

—Una cosa así como sesenta años, respondió Penela.

—Pues bien. ¿No va á arrostrar los peligros por encontrar á su hijo?

—Nuestro capitán es un hombre firme todavía, replicó el marino, tiene un cuerpo recio y músculos de acero; así es que no me admira volverle á ver lanzarse al mar.

—Oyeme bien, Penela, dijo la jóven con exaltacion, mi amor da gran fuerza á el alma y tengo gran confianza en el apoyo del cielo ¿Me comprendes, tú me ayudarás?

—Imposible, hija mia. ¿Quién sabe á dónde iremos á parar y los males que tendremos que pasar? ¿Cuántos hombres llenos de vigor he visto perder la vida en estos viages? este pensamiento me estremece.

—Penela replicó la jóven, se ha de hacer lo que digo y si te niegas no creeré en tu cariño.

Velez se quedó sorprendido al oír aquella resolusion. Comprendió la decision de la jóven. Reflexionó un instante y tomó su partido.

—Juan Vergara, dijo adelantándose hacia el anciano marino que acababa de entrar entonces, soy de los vuestros, han desaparecido las causas que impedian mi embarque y podeis contar con mi decision y con mi celo.

—No había dudado de tí, Velez, respondió Vergara cogiéndole con fuerza la mano. María, hija mía, gritó llamándola en alta voz.

María y Penela acudieron inmediatamente.

—Mañana aparejamos al salir el alba en la baja marea. ¡Pobre María! esta es la última noche que pasamos juntos.

—Tío mío, exclamó María arrojándose en sus brazos.

—Dios mediante te volveré á traer tu novio.

—Sí, encontraremos á Luis, añadió Velez.

III.

EL CORAZON DE UNA NOVIA.

El plan de Juan Vergara se hallaba naturalmente trazado: debía desembarcar en las islas Sedlant y Ferve, donde el viento del Norte podía haber llevado los naufragos; despues si adquiria la certidumbre de que no habian sido arrojados á aquellos puertos, llevar sus investigaciones mas allá del mar del Norte, registrar todas las costas occidentales de la Noruega, y llegar hasta Bodeus, el sitio mas aproximado al naufragio.

A la mañana siguiente de haber salido del puerto hallándose en alta mar, Juan Vergara tenia la cabeza inclinada sobre una carta del litoral é iba apuntando con avidez las menores sinuosidades.

Abismado estaba en aquellas reflexiones cuando una manita le tocó en el hombro y una voz dulce le dijo al oído:

—Animo, tío.

Volvióse y se quedó asombrado. María le habia echado los brazos al cuello.

—¿María, mi hija, á bordo? exclamó.

—Bien puede la muger ir á buscar al marido cuando el padre se ha embarcado para salvar á su hijo.

—¡Infeliz María! ¿Cómo sufrirás nuestras fatigas? ¿Cómo sobrellevarás nuestros peligros? Tu presencia va á perjudicar nuestras investigaciones.

—No, padre mío, soy fuerte, creedme.

—¿Quién sabe á dónde iremos á parar, María? ¿Ves este mapa? Nos acercamos á insuperables peligros de los que apenas podremos escapar los marinos endurecidos y acostumbrados á todas las fatigas del mar. ¿Qué será de tí, débil niña?....

—Ya veis, tío, que soy de una familia de marineros y estoy acostumbrada á las relaciones de los combates y de las tempestades. Además; estoy á vuestro lado y al de vuestro viejo amigo Penela.

—¿Es Penela el que te ha ocultado á bordo?

—Sí, tío, cuando ha visto que estaba decidida á hacerlo sin contar con él.

—¿Penela! gritó Juan Vergara.

Penela se hallaba escuchando y se presentó.

—Penela, ya no hay remedio, á lo hecho pecho; pero advierte que me eres responsable de la vida de María.

—No tengais cuidado, respondió Penela con seguridad, nos servirá de ángel durante el viage.

Instalaron á la jóven en el mejor camarote del bergantin y continuaron su viage.

Vergara resolvió ir á Rodens. Contaba tal vez saber

allí algo del navio naufragio, en cuyo socorro se habia precipitado Luis y sus dos marineros. El 30 de junio echaba el ancla en el puerto.

Allí supo que en medio del flujo y del reflujo del Males-tron, que conserva eternamente los restos de los navios naufragos, se habia encontrado una botella. En ella se hallaba encerrado un pergamino que contenia estas pocas líneas.

«Veinte y seis de abril, á bordo del *Wufield*, despues de haber sido alcanzados por la chalupa del *San Francisco*, somos arrastrados por las corrientes hácia los hielos. ¡Dios tenga compasion de nosotros!»

El primer movimiento de Juan Vergara fué dar gracias al cielo; creia ya seguro haber encontrado la pista de su hijo.... Resolvió llevar sus investigaciones hasta los últimos límites en el Norte. El bergantin *San Francisco* fué puesto en estado de poder arriesgar los inmensos peligros de las mares polares. El carpintero lo recorrió exactamente y Penela, que habia hecho por muchos años el penoso servicio de la pesca de la ballena en los mares árticos, hizo provision de mantas de lanas, de vestidos forrados con piel de foca y aumentando sus provisiones de espíritu de vino, de leña y carbon de tierra, por si tenian que pasar el invierno, y emprendieron su marcha. Hicieron todos los preparativos con la mayor actividad. Penela aconsejaba á los marineros que desde entonces empezasen á no acostumbrarse al fuego y las mantas de lana, porque despues, aun cuando fuese en el mes de agosto, no les bastarian para soportar el frio de las latitudes elevadas del círculo polar.

Observaba Penelas las menores acciones del segundo del bergantin, Andrés Velez. Este hombre era holandés de origen, habia ido á Vizcaya, sin saberse de donde, y solo que era un buen marino. Habia hecho dos viages á bordo del *San Francisco*. Penela no podia echarle nada en cara; pero le parecia que Velez mostraba demasiada aficion y deseos de estar al lado de la jóven María y se resolvió á vigilarle de cerca.

Gracias á la actividad de la tripulacion, el bergantin pudo aparejar el 16 de junio, quince dias despues de haber llegado á Rodens, que era la época mas favorable para adelantar sus esploraciones en los mares árticos, porque el deshielo habia empezado hacia dos meses y podia avanzar mucho en sus investigaciones.

IV.

LOS PASOS.

El bergantin *San Francisco* se dirigió en línea recta al cabo de Breinster, situado sobre la costa occidental de la Groelandia, á setenta grados de latitud. El 4.º de agosto, paseándose por el puente para hacer algun ejercicio, María estaba hablando con su tío, Velez y Penela. Entró el bergantin en uno de los pasos que dejan abiertos los hielos, de tres millas de ancho y donde se podian ver arrastrar los témpanos rotos bajando rápidamente hácia el Sur.

—¿Cuándo descubriremos tierra? preguntó la jóven.

—Dentro de tres ó cuatro dias lo mas tarde, respondió Juan Vergara.

—¿Pero encontraremos allí algún indicio?

—Tal vez, hija mía, no estemos lejos del término de nuestro viage, á no ser que nuestros desgraciados náufragos hayan sido arrastrados mas al Norte.

—Mirad allí, exclamó María, ¿no veis aquellas montañas?

—No, hija mía, son montañas de hielo y las primeras que encontramos; nos harían pedazos como un vaso si tuviéramos la desgracia que nos cogieran entre ellas; Penela y Velez, velad en la maniobra.

Aquellas masas flotantes de las que mas de cincuenta se hallaban en corriente, fueron á aproximándose sensiblemente al bergantín. Penela cogió el timón y Velez subió sobre las vergas é indicaba el camino que debía seguir. Por la noche el bergantín se vió rodeado de aquellos escollos, viéndose espuesto á ser destrozado por ellos. Entonces trataron de separarse de aquellas terribles montañas; por las hábiles maniobras de Juan Vergara lograron eludir aquellos escollos y pasaron adelante.

V.

UN ENCUENTRO.

Vogaba el bergantín por un mar casi enteramente libre, solo que en el Oriente se veía un resplandor blanquecino, sin movimiento, y aquella vista les indicaba la presencia de llanuras inmóviles.

Juan Vergara tenía siempre la brújula sobre Breinster á setenta grados de latitud: aproximábanse á las regiones donde la temperatura es escesivamente fría, porque los rayos del sol llegan muy debilitados por su oblicuidad.

El 3 de agosto se halló el bergantín delante de los hielos, sin movimiento y unidos entre sí. Los pasos no eran ya en muchas partes mas de un cable de ancho. El navío se veía forzado á dar mil rodeos para poder andar algo.

Penela se ocupaba con un cuidado paternal de María, y á pesar del frío, la obligaba todos los días á pasear dos ó tres horas sobre el puente, porque el ejercicio era una de las condiciones indispensables de salud. El valor de María además no se debilitaba, hasta animaba á los marineros del bergantín con sus buenas palabras, y todos tenían por ella una verdadera adoración. Andrés Velez se manifestaba mas solícito con ella que nunca y buscaba todas las ocasiones de hablarla. Pero la joven, sin saber por qué, recibía sus obsequios con cierta frialdad, y comprendía instintivamente que para en lo sucesivo mas que en lo presente, era el objeto de las atenciones de Velez.

Leyó el amor en los ojos y en las espresiones de Velez.

Este era un diestro tirador y cazaba muchos pájaros acuáticos de los que á bandadas revoloteaban al rededor del navío, y su carne servía de alimento á los marineros.

Por último, el bergantín, despues de mil rodeos llegó á la vista del cabo de Breinster; echaron una lancha al mar y Juan Vergara y Penela fueron á la costa, que encontraron enteramente desierta.

Inmediatamente dirigieron la proa hácia la isla de Leopoldo, descubierta en 1821 por el capitán Scoresbi.

La tripulación del *San Francisco* se llenó de alegría al ver á los naturales del país acudir en tropel á la playa. Pronto se establecieron comunicaciones entre ellos y la tripulación, gracias á algunas palabras que de su lengua sabía Penela, y algunas frases usuales que ellos mismos habían aprendido de los balleneros.

Aquellos groelandeses eran chiquititos, regordetes, su estatura no pasaba de cuatro pies y diez pulgadas; tenían el color rojizo, el rostro redondo, la frente aplastada y sus cabellos negros les caían sobre las espaldas. Tenían mala dentadura, y parecían atacados de una especie de lepra particular de las tribus de tephophagas. A cambio de algunos pedazos de hierro y cobre, á que son muy aficionados, les trajeron pieles de oso y de vacas marinas y de perros y lobos de mar y de todos los otros animales que pertenecen á la clase de las focas. Juan Vergara obtuvo á poco precio aquellos objetos que les habían de ser de tan grande utilidad.

Hizo comprender que iba en busca de un navío naufrago y les preguntó si tenían alguna noticia. Uno de ellos trazó inmediatamente sobre la nieve una especie de navío de forma muy conocida, é indicó que un buque de aquella especie había tres meses que había sido llevado en la dirección del N. E.: indicó también que el deshielo y el rompimiento de las llanuras de hielo les había impedido ir á su descubrimiento. En efecto, sus piraguas muy ligeras y de una sola vela no podían mantenerse en el mar en medio de los témpanos de hielo.

Antes de abandonar la isla de Leopoldo, el capitán compró un tiro de seis perros esquimales fuertes, gordos, que se aclimatasen pronto á bordo. El navío alzó anclas el 40 de agosto por la mañana y con una fuerte brisa se metió por los pasos del N. E.

Juan Vergara, decidido á adelantar todo lo que fuese posible, comenzó á tomar medidas de higiene. Los camarotos y el entrepuente fueron perfectamente cerrados; únicamente todas las mañanas se tenía gran cuidado de renovar el aire por las corrientes. Pusieron una especie de chimeneas con tubos diversos á fin de conservar el mayor calor posible, recomendando á los hombres de la tripulación que no tuviesen mas que una camisa de lana encima de su camisa de algodón, y á cerrar herméticamente su gorro de piel. Además no encendieron todavía el fuego porque les importaba mucho el economizar la leña y el carbón para los grandes fríos.

El 3 de setiembre por la mañana el *San Francisco* llegó á la altura de la bahía de Gael-Hauckis que distaba de ellos treinta millas. Fué la primera vez que el bergantín se detuvo ante un banco de hielo, que no presentaba ninguna salida y mostraba, al menos, una milla de ancho.... Fué preciso emplear la sierra para cortar el hielo. Veinte horas emplearon los hombres de la tripulación en aquel trabajo, duro en extremo, teniendo que mantenerse sobre el hielo, viéndose forzados algunas veces á meterse en el agua hasta medio cuerpo cubiertos de piel de foca, lo que les preservaba imperfectamente á la verdad. En fin, la navegación quedó libre y el bergantín salió de aquel banco que tanto tiempo le había detenido.

VI.

EL TEMBLOR DE LOS HIELOS.

Durante algunos días el *San Francisco* luchó con insuperables obstáculos: la tripulación tuvo que estar casi siempre con la sierra en la mano y vióse muchas veces obligada á emplear la pólvora para hacer saltar los enormes trozos de hielo que obstruían el camino.

El 12 de setiembre el mar no ofreció mas que una inmensa llanura de hielo sin salida, sin pase, que rodeaba al navío por todos lados, de modo que no podía adelantar ni retroceder. Manteníase la temperatura por término medio á diez y seis grados bajo cero: el momento de pasar el invierno había llegado al fin: y comenzaba esta estación con sus padecimientos y peligros. El *San Francisco* se hallaba entonces casi á veintinueve grados de longitud del Oeste y á los setenta y seis de latitud Norte á la entrada de la bahía Gael-Hauckis.

Juan Vergara hizo sus preparativos para reconocer un punto donde pudiera estar el bergantín al abrigo de los golpes del Oriente y los grandes témpanos de hielo.

La proximidad de la tierra les ofrecía seguro abrigo y resolvió ir hacer el reconocimiento. Desde el crepúsculo de la mañana del 12 de setiembre se puso en marcha acompañado de Velez, Penela y dos marineros, llevando cada uno para sí provisiones para dos días, por que no era posible se prolongase mas la expedición; igualmente llevaban pieles para acostarse sobre el hielo por la noche. Cuando se acostaron por la noche despertaron al día siguiente bajo una capa de nieve de mas de un pie de espesor. Afortunadamente sus pieles eran impermeables y los habían preservado de toda humedad, y la nieve misma había contribuido á su propio calor impidiendo la traspiración.

Encontraron un punto en donde poder pasar el invierno con seguridad; pero era preciso para eso llevar allí el navío. Juan Vergara notó que la llanura inmediata de hielo era de grande espesor y parecia muy difícil abrirse por medio de ella un canal para poder llevar el navío á su destino.

Volviéronse y encontraron por la noche el camino, punto donde se habían acostado la anterior, pudiendo reconocer todavía las huellas que habían dejado impresas sus cuerpos sobre el hielo. Así es que se volvieron á acostar en el mismo punto rendidos de cansancio. Al despertar se encontraron con una escena muy diferente. La inmensa llanura que veían la víspera se hallaba hecha mil pedruzcos; los hielos habían sido agitados por alguna conmoción submarina que había roto la espesa capa que los cubría. Entonces se le ocurrió á Vergara la idea de que su pobre navío se había perdido.

Dirigiéronse hacia él con gran trabajo, estando á punto de perecer á cada instante entre las inmensas grietas que como unos barrancos se habían abierto entre la nieve; pero fué su admiración al ver que el navío *San Francisco*, efecto del temblor que los hielos habían sufrido, se había acercado mas de una milla. En efecto, el bergantín flotaba á dos millas en medio del viento; se había aproximado con el movimiento de la noche, y despues de penas infinitas,

podieron llegar á él. El navío se hallaba en buen estado, únicamente se había roto el timon con los témpanos de hielo, porque se había olvidado el quitárselo.

VII.

INSTALACION PARA EL INVIERNO.

El 19 de setiembre logró ponerse al fin el bergantín á dos cables de tierra en una bahía de invierno, sólidamente anclado en un buen fondo. Al día siguiente el hielo había vuelto á cerrarse al rededor de él, y tenía tal consistencia que podía resistir el peso de un hombre. Así se estableció directamente la comunicacion con la tierra.

La tripulación se apresuró á hacer sus preparativos; Penela los dirigía. Bien pronto se espesó tanto el hielo alrededor del bergantín que era de temer que la presión que ejercía sobre el casco fuese peligrosa.

Construyeron en tierra un almacén de hielo en el que amontonaron los objetos que embarazaban el bergantín. Quitaron las puertas de los camarotes, de manera que no formaba mas que un vasto salón hecho de popa á proa. Entretanto, Andrés Velez había manifestado muchas veces falta de habilidad, declarando inútil todas las investigaciones, cuando un nuevo indicio vino á desmentir sus aserciones. Tres semanas tardaron en tomar todas las medidas necesarias para establecerse y pasar allí los meses crudos del invierno, que les quedaban, y entonces Vergara trató de, viendo que el navío debería estar aprisionado por los hielos seis ó siete meses hasta la época de su blandura, abrirse un nuevo camino por medio de los témpanos, queriendo aprovecharse de aquella forzada inmovilidad para dirigir sus exploraciones hasta el Norte.

VIII.

PLAN DE EXPLORACIONES.

El 9 de octubre celebró Juan Vergara consejo con la tripulación para formar el plan de sus operaciones á fin de que la unanimidad aumentase el celo y el valor de cada cual, por lo que admitió al consejo la tripulación. Con el mapa en la mano les espresó la situación presente y que debían dirigirse las exploraciones hacia la isla de Shamon, á unas cuarenta leguas al Norte de la isla de Hanckis, donde debía invernar el *San Francisco*. Tomadas las disposiciones se trató de construir un trineo á modo del que usan los esquimales, formado con tablas, combado hacia adelante y atrás, y que estuviese dispuesto para poder deslizarse sobre la nieve y el hielo. El carpintero de la tripulación construyó el trineo, y Penela, ayudado de María lo forró con pieles y vestidos. Afortunadamente tenían á mano bastantes pieles de focas marinas. Vergara y Velez se ocuparon de las provisiones, eligieron un barril de espíritu de vino, destinado á calentar una especie de brasero portátil. Llevaron consigo una cantidad de té, café, bizcochos, carne salada y aguardiente; la caza debía suministrar provisiones frescas. El 11 de octubre no volvió á

aparecer mas el sol en el horizonte, y la refraccion no llevó ninguna luz sobre aquellos desolados contornos. Entonces se vieron obligados á tener continuamente encendida una lámpara en la habitacion de la tripulacion. No habia tiempo que perder, era preciso comenzar las exploraciones. En el mes de enero el frio es tal en aquellos parages que no es posible poner el pie fuera del buque, sin

ciso salvarlos antes ó perder desde luego toda esperanza. Quedaron terminados los preparativos el 20 de octubre.

Tratóse de saber si María, empeñada en seguirlos, podría soportar las fatigas de semejante viage. Hasta ahora habia pasado por terribles pruebas sin padecer demasiado, porque era hija de marinos, y estaba acostumbrada al aire y á las fatigas del mar, y Penela no se asustaba de verla



El oso se habia precipitado sobre los dos combatientes, y los tenia agarrados entre sus gigantes cas patas.

perder la vida, y durante dos meses, al menos, la tripulacion estaba condenada á permanecer en el destierro mas completo. Despues comenzaria el deshielo, y el bergantin debia de abandonar los hielos, y el deshielo impediria toda exploracion interior. Ademas si todavia existiese Luis Vergara y sus desgraciados compañeros, era imposible que pudiesen resistir los rigores del invierno ártico, y era pre-

en medio de aquellos horribles climas teniendo que luchar contra los peligros de los mares polares. Fijóse el dia de la marcha para hacer las exploraciones en el 22 de octubre.

(Se concluirá.)